LIBROdot.com

José Mª Gabriel y Galán
CASTELLANAS

índice:

El ama
Castellana
Lo inagotable
Cuentas del tío Mariano
Regreso
Ganadero
Puesta de sol
Mi montaraza
El poema del gañán
Presagio
Del viejo el consejo
Canción
Invitación
Surco arriba y surco abajo
A S.M. el rey
Brindis
De ronda
= = = = = = = == = = == = = == = = =

El ama

I

Yo aprendí en el hogar en qué se funda
la dicha más perfecta,
y para hacerla mía
quise yo ser como mi padre era
y busqué una mujer como mi madre
entre las hijitas de mi hidalga tierra.
Y fui como mi padre, y fue mi esposa
viviente imagen de la madre muerta.
¡Un milagro de Dios, que ver me hizo
otra mujer como la santa aquella!

Compartían mis únicos amores
la amante compañera,
la patria idolatrada,
la casa solariega,
con la heredada historia,
con la heredada hacienda.
¡Qué buena era la esposa
y qué feraz mi tierra!
¡Qué alegre era mi casa
y qué sana mi hacienda,
y con qué solidez estaba unida
la tradición de la honradez a ellas!

Una sencilla labradora, humilde,
hija de oscura castellana aldea;

una mujer trabajadora, honrada,
cristiana, amable, cariñosa y seria,
trocó mi casa en adorable idilio
que no pudo soñar ningún poeta.

¡Oh, cómo se suaviza
el penoso trajín de las faenas
cuando hay amor en casa
y con él mucho pan se amasa en ella
para los pobres que a su sombra viven,
para los pobres que por ella bregan!
¡Y cuánto lo agradecen, sin decirlo,
y cuánto por la casa se interesan,
y cómo ellos la cuidan,
y cómo Dios la aumenta!

Todo lo pudo la mujer cristiana,
lográlo todo la mujer discreta.

La vida en la alquería
giraba en torno de ella
pacífica y amable,
monótona y serena...

¡Y cómo la alegría y el trabajo
donde está la virtud se compenetran!

Lavando en el regato cristalino
cantaban las mozuelas,
y cantaba en los valles el vaquero,
y cantaban los mozos en las tierras,
y el aguador camino de la fuente,
y el cabrerillo en la pelada cuesta...
¡Y yo también cantaba,
que ella y el campo hiciéronme poeta!

Cantaba el equilibrio
de aquel alma serena
como los anchos cielos,
como los campos de mi amada tierra;
y cantaban también aquellos campos,
los de las pardas onduladas cuestas,
los de los mares de enceradas mieses,
los de las mudas perspectivas serias,
los de las castas soledades hondas,
los de las grises lontananzas muertas...

El alma se empapaba
en la solemne clásica grandeza
que llenaba los ámbitos abiertos
del cielo y de la tierra.

¡Qué plácido el ambiente,
qué tranquilo el paisaje, qué serena
la atmósfera azulada se extendía
por sobre el haz de la llanura inmensa!

La brisa de la tarde
meneaba, amorosa, la alameda,

los zarzales floridos del cercado,
los guindos de la vega,
las mieses de la hoja,
la copa verde de la encina vieja...

¡Monorrítmica música del llano,
qué grato tu sonar, qué dulce era!

La gaita del pastor en la colina
lloraba las tonadas de la tierra,
cargadas de dulzuras,
cargadas de monótonas tristezas,
y dentro del sentido
caían las cadencias,
como doradas gotas
de dulce miel que del panal fluyeran.

La vida era solemne;
puro y sereno el pensamiento era;
sosegado el sentir, como las brisas;
mudo y fuerte el amor, mansas las penas,
austeros los placeres,
raigadas las creencias,
sabroso el pan, reparador el sueño,
fácil el bien y pura la conciencia.

¡Qué deseos el alma
tenía de ser buena,
y cómo se llenaba de ternura
cuando Dios le decía que lo era!

II

Pero bien se conoce
que ya no vive ella;
el corazón, la vida de la casa
que alegraba el trajín de las tareas,
la mano bienhechora
que con las sales de enseñanzas buenas
amasó tanto pan para los pobres
que regaban, sudando, nuestra hacienda.

¡La vida en la alquería
se tiñó para siempre de tristeza!

Ya no alegran los mozos la besana
con las dulces tonadas de la tierra
que al paso perezoso de las yuntas
ajustaban sus lánguidas cadencias.

Mudos de casa salen,
mudos pasan el día en sus faenas,
tristes y mudos vuelven
y sin decirse una palabra cenan;
que está el aire de casa
cargado de tristeza,
y palabras y ruidos importunan
la rumia sosegada de las penas.

Y rezamos, reunidos, el Rosario,
sin decimos por quién..., pero es por ella.
Que aunque ya no su voz a orar nos llama,
su recuerdo querido nos congrega,
y nos pone el Rosario entre los dedos
y las santas plegarias en la lengua.

¡Qué días y qué noches!
¡Con cuánta lentitud las horas ruedan
por encima del alma que está sola
llorando en las tinieblas!

Las sales de mis lágrimas amargan
el pan que me alimenta;
me cansa el movimiento,
me pesan las faenas,
la casa me entristece
y he perdido el cariño de la hacienda.

¡Qué me importan los bienes
si he perdido mi dulce compañera!

¡Qué compasión me tienen mis criados
que ayer me vieron con el alma llena
de alegrías sin fin que rebosaban
y suyas también eran!

Hasta el hosco pastor de mis ganados,
que ha medido la hondura de mi pena,
si llego a su majada
bajo los ojos y ni hablar quisiera;
y dice al despedirme: «Ánimo, amo;
«*haiga*» mucho valor y «*haiga* paciencia...»
Y le tiembla la voz cuando lo dice,
y se enjuga una lágrima sincera,
que en la manga de la áspera zamarra
temblando se le queda...

¡Me ahogan estas cosas,
me matan de dolor estas escenas!

¡Qué me anime, pretende, y él no sabe
que de su choza en la techumbre negra
le he visto yo escondida
la dulce gaita aquella
que cargaba el sentido de dulzura
y llenaba los aires de cadencias...!

¿Por qué ya no la toca?
¿Por qué los campos su tañer no alegra?

Y el atrevido vaquerillo sano
que amaba a una mozuela
de aquellas que trajinan en la casa,
¿por qué no ha vuelto a verla?

¿Por qué no cantan en los tranquilos valles?
¿Por qué no silba con la misma fuerza?

¿Por qué no quiere restallar la honda?
¿Por qué está muda la habladora lengua,
que el amo le contaba sus sentires
cuando el amo le daba su licencia?

«¡El ama era una santa!...»,
me dicen todos cuando me hablan de ella
«¡Santa, santa!», me ha dicho
el viejo señor cura de la aldea,
aquel que le pedía
las limosnas secretas
que de tantos hogares ahuyentaban
las hambres y los filos y las penas.

¡Por eso los mendigos
que llegan a mi puerta
llorando se descubren
y un Padrenuestro por el «ama» rezan!

El velo del dolor me ha oscurecido
la luz de la belleza.

Ya no saben hundirse mis pupilas
en la visión serena
de los espacios hondos,
puros y azules, de extensión inmensa.

Ya no sé traducir la poesía,
ni del alma en la médula me entra
la intensa melodía del silencio,
que en la llanura quieta
parece que descansa,
parece que se acuesta.

Será puro el ambiente, como antes,
y la atmósfera azul será serena,
y la brisa amorosa
moverá con sus alas la alameda,
los zarzales floridos,
los guindos de la vega,
las mieses de la hoja,
la copa verde de la encina vieja...

Y mugirán los tristes becerrillos,
lamentando el destete, en la pradera;
y la de alegres recentales dulces
tropa gentil escalará la cuesta
balando plañideros
al pie de las dulcísimas ovejas;
y cantará en el monte la abubilla,
y en los aires la alondra mañanera
seguirá derritiéndose en gorjeos,
musical filigrana de su lengua...

Y la vida solemne de los mundos
seguirá su carrera
monótona, inmutable,
magnífica, serena...

Mas ¿qué me importa todo,
si el vivir de los mundos no me alegra,
ni el ambiente me baña en bienestares,
ni las brisas a música me suenan,
ni el cantar de los pájaros del monte
estimula mi lengua,
ni me mueve a ambición la perspectiva
de la abundante próxima cosecha,
ni el vigor de mis bueyes me envanece,
ni el paso del caballo me recrea,
ni me embriaga el olor de las majadas,
ni con vértigos dulces me deleitan
el perfume del heno que madura
y el perfume del trigo que se encera?

Resbala sobre mí sin agitarme
la dulce poesía en que se impregnan
la llanura sin fin, toda quietudes,
y el magnífico cielo, todo estrellas,
y ya mover no pueden
mi alma de poeta,
ni las de mayo auroras nacarinas
con húmedos vapores en las vegas,
con cánticos de alondra y con efluvios
de rociadas frescas,
ni estos de otoño atardeceres dulces
de manso resbalar, pura tristeza
de la luz que se muere
y el paisaje borroso que se queja...
ni las noches románticas de julio,
magníficas, espléndidas,
cargadas de silencios rumorosos
y de sanos perfumes de las eras;
noches para el amor, para la rumia
de las grandes ideas,
que a la cumbre al llegar de las alturas
se hermanan y se besan...

¡Cómo tendré yo el alma,
que resbala sobre ella
la dulce poesía de mis campos
como el agua resbala por la piedra!

Vuestra paz era imagen de mi vida,
¡oh campos de mi tierra!
Pero la vida se me puso triste
y su imagen de ahora ya no es esa:
en mi casa, es el frío de mi alcoba,
es el llanto vertido en sus tinieblas;
en el campo, es el árido camino
del barbecho sin fin que amarillea.

Pero yo ya sé hablar como mi madre
y digo como ella,
cuando la vida se le puso triste:
«¡Dios lo ha querido así! ¡Bendito sea!»

CASTELLANA

¿Por qué estás triste, mujer?
¿Pues no te sé yo querer
con un amor singular
de aquellos que hacen llorar
de doloroso placer?

Crees que mi amor es menor
porque tan hondo se encierra,
y es que ignoras que el amor
de los hijos de esta tierra
no sabe ser hablador.

¿No está tu gozo cumplido
viendo desde esta colina
un pueblo a tus pies tendido,
un sol que ante ti declina
y un hombre a tu amor rendido?

¿Te place la patria mía?
No en sus hondas soledades
busques con vana porfía
la estrepitosa alegría
de las doradas ciudades.

El campo que está a tus pies
siempre es tan mudo, tan serio,
tan grave, como hoy lo ves.
No es mi patria un cementerio,
pero un templo sí lo es,

Busca en ella soledades,
serenas melancolías,
profundas tranquilidades,
perennes monotonías
y castizas realidades.

Si tú gozarlas supieras,
ahora mismo depusieras
tu adusto ceño sombrío.
¿Qué de mi patria quisieras
para alegrarte, bien mío?

¿Quieres que vaya a buscar
cuarzos blancos al repecho,
colorines al linar,
nidos de alondra al barbecho
y endrinas al espinar?

Para que tú te regales,
no dejaré una con vida
veloz liebre en los eriales,
ni esquiva perdiz hundida
del cerro en los matorrales,

ni conejillo bravío
dormido bajo el carrasco,
ni mirlo a orillas del río,

ni sisón en el peñasco,
ni alondras en el baldío.

¿Quieres que hiera en su vuelo
a ese milano que el cielo
raya con círculos anchos,
y de sus garras los ganchos
venga a clavar en el suelo,

y, atrás la cabeza echada,
las plumas te enseñe y rice
de la pechuga alterada,
y ante tus pies agonice
con la pupila espantada?

Si buscas flores sencillas,
hay en el valle violetas,
y gamarzas amarillas,
y estrelladas tijeretas,
y olorosas campanillas.

Si quieres, rosa temprana,
ver los sudores y afanes
que cuesta el pan de mañana,
ven y verás mis gañanes
trajinando en la besana.

O vamos a mis sembrados
y allí verás emulados
de tus labios los carmines,
que parecen amasados
con pétalos de alvergines.

Verás mecerse, aireadas,
del mar de la mies las olas,
aquí y allá salpicadas
de encendidas amapolas
y de jaritas moradas.

Y mientras gozas del vago
rumor de aquel ancho lago
de móviles verdes tules,
yo una corona te hago
de clavelillos azules;

y con ella, nueva Ceres,
reina serás, si tú quieres,
de mis campos y labores,
que reina de mis amores
ya hace tiempo que lo eres.

¿Sientes ganas de llorar?
También las sé yo sufrir
cuando me pongo a pensar
que Dios te puede llevar
y hacerme sin ti vivir.

Mas... ¡vamos al prado un rato,
que en él hay sombra de encinas,

murmullos de viento grato
y agua fresca de regato
rebosante de pamplinas!

¿Quieres que de esa ladera
te baje un haz de tomillo,
o que salte a esa pradera
y te traiga un manojillo
de oliente hierba triguera?

¿Lloras? Pues si es de ternura,
deja ese llanto correr,
que es un riego de dulzura,
hijo de la fresca hondura
del manantial del placer.

Mas si lloras desconsuelos
y torturas de los celos,
¡vive Dios, que lloras mal!
Testigos me son los cielos
de que mi amor es leal.

Y si piensas que es menor
porque tan hondo se encierra,
recuerda que el hondo amor
de los hijos de esta tierra
no sabe ser hablador.

Alégrate, pues, mujer,
porque te sé yo querer
con querer tan singular,
que a veces me hace llorar
de doloroso placer...

Lo inagotable

De rodillas delante de la fosa
donde se pudre el mocetón garrido,
la pobre vieja sin moverse pasa
la tarde del domingo.

Una tarde otoñal, helada y muda,
de cielo muy azul, campiña yerta,
y un sol amarillento que se muere
de frío y de tristeza.

Una vela amarilla que no alumbra,
se quema, como el alma de la anciana,
cuyos ojos decrépitos no lloran
porque no tienen lágrimas.

Todas se las tragó la avara tierra
de la tumba del hijo malogrado,
a cuyos pies la hierba está escaldada
con las sales del llanto.

Vagaba por los ámbitos vacíos

del humilde y herboso cementerio,
el aroma de muerte que despide
la tierra de los muertos.

Volaban sobre el templo los cernícalos
y rasaban el viejo campanario
los bandos de veloces aviones
que pasaban chillando.

Y de la plaza del lugar venían
sones de tamboril y castañuelas,
notas de gaita que al hablar de amores
infundían tristeza.

¡Cómo bailaba la muchacha alegre
para quien fue belleza vigorosa
lo que era ya bajo viscosa hierba
montón de carne rota!

Montón de carne rota que una madre
tuvo un día pegado a sus entrañas,
y espejado en las niñas de sus ojos
y en el centro del alma.

Y ya está allí, deshecho en las tinieblas,
el fuerte hastial de la feliz casita,
el que ganaba el mendruguito blando
que la anciana comía.

Una alondra del páramo vecino
se posó en la pared del campo santo
para beber el rayo agonizante
del frío sol dorado,

y cantó una canción opaca y fría
que ni siquiera le agitó el pechuelo
que cien mañanas pareció romperse
modulando gorjeos.

¡Sorda elegía que inspiró Natura
junto a la tumba donde el mozo estaba,
que tantas veces, cual la alondra aquella,
le cantó la alborada!

Se hundieron en sus grietas los cernícalos,
y en los huecos del viejo campanario,
poco a poco los raudos aviones
se metieron chillando.

Cayó el silencio sobre el pueblo humilde,
murió la tarde y se marchó la alondra,
y la vida le dijo a la ancianita
que estaba ya muy sola.

¡Era preciso abandonar al hijo!
Besó la tumba y apagó la vela,
que derramó sobre la hierba húmeda
dos lágrimas de cera.

¡Y dieron todavía otras dos lágrimas
aquellos ojos que estrujó el dolor!
Ni ignoradas ni estériles las dieron:
¡las vimos Dios y yo!

Cuentas del tío Mariano

Araba el tío Mariano
la húmeda tierra gredosa,
y entre la bruma lluviosa
del horizonte lejano,

con cierta noble ansiedad
que a la amargura se junta,
miraba, al volver la yunta,
las torres de la ciudad.

Allí los amos estaban
de aquel pedazo de llano,
ya convertido en pantano
por lluvias que no amainaban.

Y no pensaba el rentero
que el amo estaba al abrigo
del bofetón del hostigo
y el frío del aguacero.

Aspiraciones más parcas
tentaban al viejo charro
mientras hundía en el barro
sus bien calzadas abarcas.

Era un día de febrero
revuelto, lluvioso y frío;
cada camino era un río
y un charco cada sendero.

Bajaban por las quebradas
turbios regatos zumbando,
que iban el hoyo inundando
de hoscas aguas coloradas.

Y era el barbecho un fangal,
y el prado un estanque era,
y una charca la ribera,
los valles un chapatal.

Arrebataba el solano
las gotas del aguacero,
que eran las puntas de acero
de su látigo inhumano.

Iracundos los zagales
bregaban con los corderos
y los cabritos zagueros
hundidos en los fangales.

Y el pobre tío Mariano,
con la anguarina calada,
bajo un brazo la aguijada
y en la mancera una mano,

arando estaba en tal día
por no perder una huebra,
donde *diz* que el viento quiebra
cosa que él solo diría,

pues en aquella desnuda
tierra llana sin abrigo
le flagelaba el hostigo
la cara con saña cruda.

Y así malamente araba
y echaba el hombre sus cuentas,
las cuentas de aquellas rentas
que por las tierras pagaba.

Bien echadas las tenía,
pero con mal resultado,
y así, terco y porfiado,
las iba haciendo aquel día;

«Las rastras ya no las miento;
hogaño, si pinta el año,
no será ningún extraño
que me arrimase a las ciento.

Se ha *derramao* en sazón;
la *desará* fue *mu* guapa,
y si sigue *asín*, no escapa
de haber buena *granición*.»

(Este cálculo lo hacía
con las leves omisiones
de langosta, inundaciones,
de pedriscos y sequía...)

«¡Ahora, tanto *pa* calzar,
tanto en vestir y en comer...
(Y no hablaba de beber,
porque era hablar... de la mar.)

«Tanto *pa* contribuciones,
tanto *pa* renta y simiente...»
Y así fue del remanente
practicando sustracciones.

Y de las ciento supuestas
sustrajo el tío Mariano
tantas fanegas de grano,
que al pasar de ciento éstas,

puso cara de ansiedad,
dijo con pena, mirando
y el cuerpo zarandeando,
las torres de la ciudad:

«Si hogaño fuese allá un día
y el amo bajar quisiera
seis fanegas..., ¡*cualisquiera*,
cualisquiera me tosía!...»

¡Señor del tío Mariano!:
si acude a ti, sé piadoso,
que harás un hogar dichoso
con seis fanegas de grano.

Regreso

I

Estuve en la ciudad. Vi la materia
brillar resplandeciente,
correr arrolladora,
sonar dulce y rugiente
y en la vida imperar como señora.
Reina del mundo, la ciudad entera
su esclava fiel, su adoradora era.
Los sabios peroraban
del aula en la trinchera,
en defensa del ídolo que amaban;
los coros de los hijos del Parnaso
coplas sublimes en su honor cantaban,
obstruían el paso
en plazas y jardines y museos
las estatuas alzadas a la diosa,
soberanos trofeos
que falange de artistas victoriosa
le rindió generosa
del ingenio de artísticos torneos;
y la gran muchedumbre
de libres ciudadanos de rodillas,
en hábito de eterna servidumbre
que no le pagan sus eternos amos,
entonaban su canto de costumbre:
«¡Te adoramos, oh diosa, te adoramos!»

Estuve en la ciudad y vi los sabios.
Fui dispuesto a escucharles de rodillas,
sin que allí mis palabras de hombre rudo
salieran de la cárcel de mis labios,
que en ellos hizo la ignorancia un nudo.
En su alas la fama vocinglera
llevó dos o tres nombres
al oscuro rincón de mi morada
que augusto templo del silencio era,
y una noble ambición que hay en los hombres
me hizo salir de mi rincón querido,
y a oír la voz que del saber es puerta
fui con el alma abierta
puesta debajo del abierto oído.
A entender los misterios fui dispuesto
de la vida y del mundo,

la fuerte base del obrar modesto,
la clave oscura del saber profundo,
la oculta vía del vivir sin brillo,
la esencia arcana del amor honesto,
la regla simple del pensar sencillo...
iba a aprender, sin tortuosos modos,
la fórmula del bien, los soberanos
conceptos graves del amor de hermanos
que nacimos de Dios, padre de todos;
y rasgadas las brumas que embarazan
la alta visión con su tupido velo,
iba a saber el punto en que se enlazan
la senda de la vida y la del cielo.
Y así como la abeja,
libado el polen, de la flor se aleja
y toma a elaborar el néctar puro
de su colmena en el recinto oscuro,
yo, conduciendo de placer henchido
mi carga de saber, carga de oro,
de los sabios tomada en el tesoro,
a las dulzuras del rincón querido
contento volvería
a labrar con el polen adquirido
miel de sabiduría...
¡Oh fama vocinglera!
¡Cuán fácil es el viento que te guía,
y tu sonora voz, cuán embustera!
La gran sabiduría nunca ha sido
música del oído,
torrente de palabras que allí cae
donde un hueco encontró, como el sonido,
que el viento que lo lleva se lo trae.
Ni es orgullo que ciega,
ni es encono que grita,
ni estéril voz que apasionada niega,
ni desprecio del bien que al mal invita.
Ni tampoco almacén abarrotado
de innúmeras ideas
que pueril vanidad ha amontonado
para que tú, ¡oh adulador!, las veas,
y tú, Fama veloz, vueles y cantes,
y tú, varón sencillo, oigas y creas,
y os asombréis vosotros, ¡oh ignorantes!
No, no; sabiduría,
en la noche del mundo tan sombría,
es estrella que alumbra,
brazo amigo que guía,
no relámpago breve que deslumbra
ni mano malhechora que extravía.
¡Oh tú, Fama embustera!
No alborotes las plácidas mansiones
donde quiere la vida ser sincera:
¡tienes otras regiones
donde suenan mejor tus huecos sones!
No vuelvas a mi casa: está cerrada
y en ella encarcelada
tu enemiga mortal, la Verdad ruda,
que no sale a la calle
porque nadie la quiere ver desnuda.

Y vosotros, ¡oh sabios!, cuyos nombres
no saldrán de la cárcel de mis labios,
una noble ambición que hay en los hombres
me trajo a vuestro pies... ¡Adiós, oh sabios!

Estuve en la ciudad y vi la vida.
Es ligera y hermosa,
del modo que es hermosa y es ligera
la ingrávida, la leve mariposa
que nace, vive y muere en primavera.
Y así como el insecto primoroso,
visitador inquieto de las flores,
más parece nutrirse de colores
que de polen sabroso,
la vida ciudadana
de la flor del placer fiel cortesana,
no se acercaba a ella
con aguijón de abeja laboriosa,
sino con frágil ala lujuriosa,
de mariposa bella.
¡Qué de prisa las horas sin regreso
rodaban por encima de los seres!
¡Qué nervioso el avance del progreso;
qué fuertes los placeres;
las fiestas, qué brillantes;
qué hermosas las mujeres
y los hombres, qué cultos, qué elegantes!
Lo que sabe el varón adusto y grave
que en el pobre lugar pasa por sabio,
cualquiera allí lo sabe;
por eso es elocuente todo labio,
porque los abre del saber la llave.
Conocen allí todos
los secretos del Arte y de la Ciencia;
saben de varios modos
faltar a la verdad con elocuencia;
saben negar, audaces;
saben reír, satíricos feroces;
saben gustar, voraces,
las mieles de las mieles de los goces,
y saben ser flexibles, distinguidos,
hablar con gran finura
y obrar con gran descoco...
¡Saben vivir unidos
amándose muy poco!
¡El saber, el saber! Ése era el lema,
la aspiración suprema
de la vida veloz que se vivía.
¡Se estudiaba el amor como un problema!
Y yo también quería
ser un sabio de aquellos que admiraba,
mas no lo quiso la fortuna mía.
Ufano contemplaba
montón de ideas mi cerebro hecho;
pero, ¡ay!, se me olvidaba
en qué lado del pecho
mi corazón encadenado estaba.
Sensible corazón que ahora palpitas
al fuego del amor que ya te quema:

¿para qué pude yo necesitarte
donde el cerebro fabricaba el Arte
y estudiaba el amor como un problema?
Yo pasaba los días presurosos,
entre sabios famosos,
y las noches pasaba entre poetas.
¡Qué días tan ruidosos!
Y las noches, ¡qué estériles, qué inquietas!
Y después de vivir la fácil vida
que una noble ambición, humana y santa,
me pintó de grandezas toda henchida,
ni ella me dio sabiduría tanta
como a cualquiera le infundió Natura,
ni a cantar aprendí con más dulzura
que la que puso Dios en mi garganta.

II

Pero ya estoy aquí, campos queridos,
cuyos encantos olvidé por otros
amasados con miel y con veneno.
¡Pequé contra vosotros!
¡Recibidme otra vez en vuestro seno!
Yo te conozco, solitario monte;
te cantaré de nuevo, patria mía;
beber quiero tu luz, ancho horizonte;
gozar quiero tu paz, ¡oh mi alquería!
Mis hijos inocentes
beben el agua de tus puras fuentes,
nutren su cuerpo con el pan sabroso
que produce tu suelo generoso,
tuesta sus puras frentes
la lumbre pura de tu sol caída,
y me los hinchan de salud y vida
los céfiros sedantes y serenos
que vienen de tus grandes encinares,
que vienen de tus mieses y tus henos,
que vienen de tus ricos tomillares...
Aquí no vive la materia inerte
esa vida que presta el artificio,
estéril disimulo de la muerte.
Viven aquí las cosas
porque en su entraña cada cual encierra
la del vivir intimación divina
que a ti te ha dado jugos, fértil tierra,
y a ti te ha dado savia, vieja encina.
Yo admiro la hermosura,
la soberana esplendidez grandiosa
que augusta ostenta sobre sí Natura;
pero ella es criatura,
no puede ser mi diosa;
y aunque canto postrado de rodillas,
delante de sus grandes maravillas,
que son del mundo hechizo,
yo sólo adoro en ella
la mano soberana que la hizo...
¿Y quién no besará la mano aquella
que ha sabido crear cosa tan bella?

Hombres de mi alquería,
custodios fieles de la hacienda mía:
los que vais encorvados
detrás de los arados
desgarrando los senos de mis tierras;
los que del hierro de la paz armados
abatís la esperanza de mis sierras;
los que andáis sin hogar, solos y errantes
guardando mis ganados noche y día;
los de mis montes fieles vigilantes;
los de mi casa honrada compañía;
los que colmáis de frutos diferentes
mi casa, mis laneros,
mis templados establos, mis graneros
y mis anchos pajares bienolientes...
Mayorales, gañanes y renteros,
cabreros y pastores,
colonos y yegüeros,
guardas y aperadores,
montaraces, zagales y vaqueros...
¡todos los hijos del trabajo rudo
que regáis con sudor la hacienda mía...,
salid a recibirme! ¡Yo os saludo
y os bendigo en la paz de la alquería!
Vengo a anudar el hilo
roto en mal hora del vivir tranquilo;
a humillar, cual vosotros, la cabeza
al yugo del trabajo cotidiano,
fuente de la riqueza,
padre providencial de la pobreza,
sal del vivir humano.
Que rueden por la mía,
como ruedan también por vuestras frentes,
las de honrado sudor gotas ardientes
que cuesta el pan del día,
y que sepan mis hijos inocentes,
cuando puedan mirar hacia el pasado,
que el pan sabroso que los ha nutrido
era pan amasado
con gotas de sudor por mí vertido.
Desciendan por mi frente
del sudor del trabajo los raudales
y bañen mi pupila distraída,
que esos son los cristales
a través de los cuales
debemos todos contemplar la vida.
¡Hijos humildes del trabajo honrado!,
yo la vuestra contemplo
como el más alto ejemplo
del vivir generoso y resignado;
y vuelvo a vuestro lado,
porque todo lo bueno que he aprendido
vuestro grave vivir me lo ha enseñado.
Yo traigo, en cambio, el corazón henchido
de anhelos puros, de doctrinas buenas
y de costumbres santas,
y vengo hasta vosotros decidido
a derramar el bien a manos llenas,

porque el Dios que me dio riquezas tantas
diome con ellas el mayor tesoro
que recibí de su divina mano:
¡un corazón de oro
que de todos los hombres me hace hermano!

Y tú, vida serena
de la blanca alquería,
de artificios vacía
y de vigores naturales llena...
Tú, soledad amena,
del encinar cargado de reposo,
donde flota un ambiente religioso
que de dulzor, ¡oh alma!, te enajena,
y un bienestar sabroso
que a ti, mortal escoria, te encadena
al placer de un vivir tan deleitoso...
Tú, feliz compañía
de la fe, del amor y del trabajo,
las tres que el alma mía
virtudes altas a la vida trajo...

Tú, silencio elocuente
que en el del campo bienhechor asilo
hablas grave y severo,
sabio maestro del pensar prudente,
padre fecundo del amor tranquilo,
fiel confidente del sentir austero...
Y tú también, jugosa poesía,
de este rico soñar del alma mía,
de este vivir en el hogar templado,
de este cantar en la alameda oscura,
de este dormir en el regazo amado
de la conciencia pura
que arrulla el sueño del varón honrado:
¡dejadme respirar esta frescura
de vuestro ambiente que a vivir convida,
que yo quiero vivir y ésta es la vida!

Y vosotros, los anchos horizontes,
los blancos caseríos,
los valles y los montes,
las fuentes y los ríos,
los áridos y grises labrantíos...,
la sombra de la encina,
la música del aire dulce y queda,
y el cantar de la honrada golondrina
y el ruidoso hojear de la arboleda...
El agua de la poza cristalina,
las guindas de mi huerto delicioso,
sus ricos toronjiles y albahacas,
el pan de mis pastores, tan sabroso,
la leche vadeante de mis vacas...,
¡regalazme con goces repetidos,
que os esperan, abiertos, mis sentidos!
Yo daré cuanto tengo,
que a derramar entre vosotros vengo
pedazos de mi ser a manos llenas:
para ti, mi sudor, hacienda mía;

para ti, mis cantares, Patria hermosa;
para vosotros, sangre de mis venas,
hijos amantes y adorable esposa;
para los hombres cuyas rudas manos
colman mi casa de riquezas tantas,
pan abundante con doctrinas santas
y el nombre sabrosísimo de hermano;
para el mal que a la lucha me provoca,
los de luchar inacabables modos;
para el Dios de la Cruz, mi fe de roca,
y el amor de mi alma, para todos.
¡Bendita, ¡oh Patria!, seas, que me has dado
uno en tu seno bienhechor asilo
para morirme en el vivir honrado
que es el secreto de morir tranquilo!

Ganadero

Tiene un viejo caballote,
de gigantesca armadura,
buen correr, mala andadura,
largo pienso y alto trote.

Tiene dos perros de presa
de ancha boca bien dentada,
por si una res empicada
se desmanda en la dehesa.

Tiene dos galgos zancudos
de ojos vivos como chispas,
flacas cinturas de avispas
y curvos dorsos huesudos:

dos destructores crueles
de las liebres y los panes,
pues corren como huracanes
y comen... como lebreles.

Tiene... nada a lo moderno:
perdiz en ancho jaulón,
escopeta de pistón
y polvorines de cuerno.

Y tiene tan larga capa,
tan ancha capa de paño,
que al caballote castaño
nalgas y cuello le tapa.

Gran pensador de negocios,
ladino en compras y ventas,
serio y honrado en sus cuentas,
grave y zumbón en sus ocios,

vividor como una oruga,
su vida de siempre es esta:
con las gallinas se acuesta,
con las alondras madruga.

Clavado en la dura silla
de su viejo caballote,
se va a Extremadura al trote
y al trote toma a Castilla;

y toma allá montaneras,
y arrienda aquí espigaderos,
y busca allá invernaderos,
y goza aquí primaveras,

y viene y va con ganado,
y vende, y vuelve a arrendar,
y paga y vuelve a criar...
y siempre está atareado.

Y entre tantos trajinares,
aun puede al año unos días
lucirse en las romerías
de los rayanos lugares;

porque el intrépido charro
juega tan bien a la calva,
que no hay en tierra de Alba
quien no respete su marro.

Ni hay labrador ni vaquero
que de tan brava manera
coja una manta torera
y eche a rodar un utrero.

Nadie como él ha lucido
yeguas en las «cuatropeas»,
y mantas en las capeas,
y marros en el ejido,

rumbos, en las romerías,
maña en los retajaderos,
fuerzas en los herraderos,
y enas tientas, valentías.

Pocas habrá tan certeras
cual sus sagaces miradas
para arrendar otoñadas
y calcular montaneras,

pesar un novillo «a ojo»,
vender oportunamente,
saber observar prudente,
saber mirar de reojo...

Mas, ¡ay, que todo declina!
Ya no baila, ni capea,
ya no lucha ni pulsea,
ya va viejo, ya se arruina...

Ya con su grave figura
y su aspecto, antes bizarro,
sombras de aquel cuerpo charro

que fue broncínea escultura...

¡Y no hay que hacerse ilusiones,
porque al charro más valiente,
se le arruga la frente...
se le arrugan los calzones!...

Puesta de sol

Por un cielo mudo y frío,
sin nubes y sin color,
bajaba un sol moribundo,
muerta sombra de aquel sol
que las viejas primaveras
templaba fecundador.
Eran las tierras de ocaso
desiertos que Dios creó
para que el hombre se acuerde
del Paraíso de Dios
y muera con la nostalgia
del que es infinito amor;
y donde el cielo se unía,
sin nubes y sin color,
con una llanura muerta
que el ruido nunca habitó,
con lentitudes dolientes
organizaba aquel sol.
Y no tuvo en su caída
ni pueblo que la sintió,
ni pájaro que cantara
la vespertina canción,
ni selva que se moviera,
ni hombre que alzara su voz,
ni torre que se pintara
con el dorado arrebol,
ni sedalino celaje
que embebiera en su vellón
la púrpura derretida
del último resplandor.
Entre desiertos desnudos
la muerte le sorprendió,
y al que muere en el desierto
no le ve nunca el amor,
ni nadie le presta oídos,
ni nadie le dice adiós.

Así murió aquella tarde
solo y quejándose el sol:
¡Así se mueren los hombres
que han vivido sin amor!

Mi montaraza

I

No hay bajo el cielo divino
del campo salamanquino,
moza como Ana María,
ni más alegre alquería
que Carrascal del Camino.

En Carrascal nació ella,
y si antes no fuese bella
su natal tierra bendita,
fuéralo porque la habita
la rosa de monte aquella.

No nace en tierra cristiana
flor silvestre más lozana
ni hormiga más vividora,
ni moza más castellana,
ni mujer más labradora.

Hermosa sin los amaños
de enfermizas vanidades,
tiene unos ojos castaños
con un mirar sin engaños
que infunde tranquilidades.

Sencilla para pensar,
prudente para sentir,
recatada para amar,
discreta para callar,
y honesta para decir;

robusta como una encina
casera cual golondrina
que en casa canta la paz,
algo arisca y montesina
como paloma torcaz;

agria como una manzana,
roja como una cereza,
fresca como una fontana,
vierte efluvios de alma sana
y olor de Naturaleza.

¿Qué extraño que los favores
implore yo del Destino,
si estoy enfermo de amores
por la reina de las flores
de Carrascal del Camino?

II

¿Me quieres, Ana María?
Yo me he soñado que sí;
mas dudo que guarde impía
la ingrata fortuna mía
tesoro tal para mí;

pues de esos montes no lejos,
hay otros montes ceñudos

con montaraces ya viejos
que tienen hijos talludos
atentos a sus consejos.

Y sé que a esas alquerías
van también ricos señores
a celebrar cacerías,
a dirigir sus labores
y a ver sus ganaderías;

y a mí me causa terror
que en ese rincón de paz
den contigo, rica flor,
el hijo de un montaraz
o el hijo de un gran señor.

Felicidad que soñé,
esposa que presentí,
mujer que luego busqué
y ángel que al cabo encontré
deben de ser para mí.

Dile al hijo del señor
de la vecina alquería
que dice tu servidor
que no nació Ana María
para caprichos de amor;

que en las ciudades doradas
encontrará lindas flores
más suyas por delicadas...
¡Estas rosas coloradas
no son para los señores!

Pero si en ello porfía,
por ladrón de mi destino...,
¡lo mato si pisa un día
la raya de la alquería
de Carrascal del Camino!

Y el hijo del montaraz
de Castropardo el mayor,
el que oye mucho mejor
la voz de un viejo sagaz
que el grito de un noble amor,

si busca montaracías
que den en prados y montes
excusas y regalías,
llenos están de alquerías
esos anchos horizontes;

pues solo el amante fino
que ante el encanto se rinde
de tu mirar peregrino
merece pisar la linde
de Carrascal del Camino.

¿Me quieres, Ana María?

¿Me esperarás en la raya
de tu divina alquería,
cuando a la casa yo vaya
que pretendo llamar mía?

¡Qué buen esposo me hicieras!
¡Qué hogar tan feliz tuvieras,
si de ese monte feraz
tú la montaraza fueras
y fuera yo el montaraz!

Sé por guardas y pastores
que riges ya a maravilla
la casa de tus mayores,
donde, por buena y sencilla,
te adoran tus servidores;

y yo me tengo jurado
ser un amo tan honrado
y un montaraz tan cabal
como el mejor que ha pisado
los montes de Carrascal.

¿No sabes, Ana María
que yo he tenido parientes
en una montaracía
y sé lo que son sirvientes
y sé lo que es la alquería?

Hogaño he mercado en Alba
una yegua de Peñalba
de rutilante mirar,
tres años, negra, cuatralba,
rica sangre y buen andar;

un precioso bruto fiero
con nobleza de cordero,
blondas crines y ancha nalga,
músculos curvos de acero
y enjutos remos de galga.

Y en este animal brioso,
que nunca al trajín se rinde
de su marchar vigoroso,
vigilaré cuidadoso
tus montes de linde a linde;

y ni en los montes vecinos
han de quedar clandestinos
y atreviduelos pastores,
ni furtivos cazadores,
ni leñadores dañinos.

Y corrigiendo criados,
y amparando desgraciados,
será nuestra casa un día
vivienda de hombres honrados,
colonia de la alegría.

¿Quién más dichoso ha de ser
que el hombre que va a tener
bellos campos que cuidar,
sabroso pan que comer
y esposa a quien adorar?

Deudos que enfermo me halláis,
amigos que me estimáis,
hombres que me conocéis,
todos los que me queréis,
todos los que me envidiáis,

¡pedid en justa porfía
que me conceda el Destino
la mano de Ana María
y aquella montaracía
de Carrascal del Camino!

El poema del gañán

I

Era el tiempo llegado
de las puras mañanas otoñales,
las que tienen un sol tibio y dorado
que, de la hermosa vega enamorado,
desgarra, para verla, los cendales
de flotante vapor que la han velado
en las primeras horas matinales.
Mañana con alondras y rocío,
canturreos sonoros,
silvar de tordos y zumbar de río,
balar de ovejas y mugir de toros...
Alegre despertar de los lugares,
tañidos de campana,
humo de los hogares,
pura luz, tibio sol, dulce galbana...
Vinieron otra vez los esplendentes
serenos mediodías,
las tardes impregnadas de dolientes
dulces melancolías,
las noches de los húmedos relentes,
las misteriosas madrugadas frías...
La tierra laborable,
refrescada por lluvia saludable,
iba tomando con el sol tempero,
y al abrir el sencillo timonero
de los húmedos senos el tesoro,
tan frescos y amorosos se ofrecían,
que ellos mismos pedían
del puño sembrador la lluvia de oro.
Erraban dos por el azul profundo
jirones ambos de flotante nube,
como las alas que perdió un querube
que Dios ha puesto junto a mí en el mundo.
El aire se dormía,
extática la mente se quedaba,

el ojo distraído ver creía
que el suelo palpitaba
a impulsos de la vida que lo henchía,
y absorto en la visión, le parecía
que la inmensa llanura respiraba.
El alma vislumbraba
los misterios profundos
del eterno existir de los espacios
y el perenne equilibrio de los mundos.
Natura estaba henchida
del gran silencio que en lo grande anida,
y hundido en el abismo del reposo,
barruntaba el sentido vigilante,
el sereno rodar majestuoso
de la Tierra gigante...
La atmósfera era pura,
grande como los mares la llanura,
abierto el horizonte,
llenos los cielos de infinita calma,
llena de amores la quietud del monte,
llena de fe la soledad del alma...
Y el que suele rodar carro del tiempo
con paso presuroso
sobre la vida del mortal dichoso
que tiene que gozarla apresurado,
era allí tan piadoso,
que acortaba su paso, antes ligero,
y rodaba callado
para hacer el placer más duradero,
para hacer el sentir más sosegado.
Brotaban ya en las eras
quitameriendas de matices rojos,
criaban achicorias los rastrojos,
se llenaban las lindes de acederas
y los huertos de malvas y de hinojos.
La grata algarabía
de los bandos de tordos silbadores
los prados alegraba en que caía;
tábanos zumbadores
por la atmósfera erraban placentera,
holgaban los pastores,
tomando el sol en la feraz ribera,
y reía el regato en la hondonada,
y apuntaba la grama en la pradera...
Nuncios de la otoñada...
¡Tiempos de sementera!
¡Gran Dios: tan bellos días
haces caer de tus hermosos cielos
que hasta me obligan a olvidar mis duelos
y es pecado olvidar lo que tú envías!

II

Echa surcos derechos
a mi ventana;
labrador de mis padres
serás mañana.
(Cantar popular castellano.)

La postrer melodía
sonó amorosa del cantar süave
que vino de la vaga lejanía
con blando ritmo de volar de ave.
Rayaba el puro día;
el rústico cantor, embebecido
de su labor en la profunda calma,
plegó sus labios y rumió el sentido
de aquel cantar que le llegaba al alma.
Era verdad lo que el cantar decía.
En aquel lugarejo que dormía
bajo la fronda espesa
de la mansa alameda juguetona.
Trabajo era honradez y Amor promesa;
Trabajo era virtud y Amor corona.
Y el gañán laborioso
se deleitaba en el sentido hermoso
del cantar de la moza castellana,
que al elegir para mañana esposo
buscaba labrador para mañana.
Él también intuía
que el trabajo es virtud, es armonía,
es levadura del placer humano,
frente del bien, secreto de la suerte,
deber del hombre sano,
honra del varón fuerte
y vanidad de mozo castellano
que el pan que come con la misma toma
con que lo gana diligente mano.
Y meditando sobre aquel mañana
del severo cantar de la aldeana,
pensó en sus padres, de ternura lleno,
pues sus frentes rugosas le decían
las gotas de sudor que se vertían
para dar a los hijos pan moreno.
Y absorto, grave y mudo,
vio grabado en el libro del Destino
aquel cantar desnudo,
primera estrofa del poema rudo
de la vida del pobre campesino.

III

De poco le servía
labrar la tierra,
como sus bendiciones
Dios no le diera.

Así cantó el labriego
con música de intensa melodía
que en el sentido derramó ambrosía
y en la conciencia derramó sosiego.
Mediaba el puro día.
La quietud de la atmósfera pesaba,
la yunta se dormía,
la brisa se paraba
y las pardas alondras del camino

se quedaban extáticas bebiendo
las dulzuras del ritmo peregrino
que del manso cantar iban fluyendo.
Era el himno aldeano,
salmo de agradecida criatura
que a Dios concibe en la celeste altura
dándonos pan con amorosa mano;
severo canto llano
que al rudo mozo le enseñó Natura
para el culto del templo soberano
de la vasta llanura,
que aún es estrecha para altar cristiano.
Y yo escuchaba embelesado y mudo
la piadosa letrilla,
decir sincero de la fe sencilla,
hija de un pecho rudo
donde nunca arañó, ruin y sañuda,
la sama miserable de la duda.
El hijo del trabajo,
surco arriba marchando y surco abajo,
buscaba en el trabajo solamente
los pedazos de pan que el suelo encierra.
porque siempre creyó cosa evidente
que el sudor de la frente
es el mejor abono de la tierra.
Pero también creía
que es la mano de Dios omnipotente
quien a la tierra laborable envía
el sol que la caldea,
la escarcha que la enfría,
la brisa que la orea,
la lluvia que la baña y sanea...
La mano soberana,
fuente de vida de la raza humana;
la mano de las grandes maravillas;
la que encierra en minúsculas semillas
gérmenes diminutos,
misterio del amor encantadores
de donde brotan las hermosas flores,
de donde surgen los sabrosos frutos...
Así se lo decía
la firme y pura que adquirido había
fe de granito en el hogar amado;
y aquel cantar piadoso y sosegado
que del alma escapó por la garganta
fiel expresión de sus sentires era,
porque el alma sincera
lo que siente, y no más, es lo que canta.

IV

Dice la mi morena
que cuando voy a arar
se entristecen los campos
y se alegra el lugar.

La labor terminaba. Atardecía,
y la copla postrera,

más rica que ninguna en armonía,
más dulce en el caer, más plañidera,
más empapada en la nostalgia austera
que infunde el campo de la patria mía,
voló por la llanura
y en el alma cayó por el oído
con cadencias de lánguida dulzura,
con dejos de quejido
y amorosos temblores de ternura.

Era el himno sereno
del amor castellano,
de prudente pudor, de calma lleno,
como el alma del rústico aldeano:
vibración de los gozos y las penas
de las almas serenas,
ante robusto de las almas rudas,
hondo consuelo de las almas buenas,
único idioma de las almas mudas...
¡Señor, si tus enojos
haces caer sobre miseria tanta
como aflige a cualquiera de tus hijos,
ponle llanto en los ojos,
ponle abrojos debajo de la planta,
ponle arrugas y canas en la frente;
pero déjale voz en la garganta,
porque bien sabes Tú, Dios providente,
que no puede vivir el que no canta!
Camino de la aldea,
que, oculta entre los álamos, humea,
delante del muchacho distraído
la yunta va marchando,
el arado del yugo suspendido
y el timón arrastrando.
Lánguidamente declinaba el día;
la brisa se hizo fría,
la alondra se acostó, cantó el mochuelo,
el murciélago errante
culebreó con dislocado vuelo.
Era verdad lo que el cantar decía.
A medida que el mozo la dejaba,
la llanura ¡qué triste se ponía!
¡qué sola se quedaba!
Todo en ella decía
que él era el alma del terruño muerto,
él era lengua del paisaje mudo,
él la nota viviente del desierto,
el sacerdote rudo
de aquel templo desnudo,
al culto grave del trabajo abierto.
Y a medida que el campo se ponía
como la copla del gañán decía,
se alegraba el lugar con los rumores
de la humilde legión de labradores
que a la aldea volvía
en busca del pedazo de cariño,
la pobre cena en el hogar risueño,
las caricias de un niño
y unas horas dulcísimas de sueño.

Cuando el mozo pasaba por la era,
del lugarejo plácida vecina,
le pidió una campana plañidera
la oración vespertina,
y él la rezó con la piedad sincera
y algo inconsciente de la fe pristina.
En el cielo amarillo del Poniente
brilló una estrella rutilante y pura,
y el mozo, indiferente,
la bio cabrillear, fija en la altura;
pero de aquella cristalina fuente
que está junto al camino
vio venir hacia él alegremente,
como bando de alondras trinadoras,
alborotado grupo peregrino
de garridas muchachas habladoras.
Y ojos que no cegaron
con la luz del lucero vespertino,
deslumbrados quedaron
al fulgor de una estrella
de la gentil constelación humana...
Con las Rebecas del alma castellana
que el mozo vio venir... ¡estaba «ella»!

Ése es un hijo de la patria mía:
el que Natura para el Cielo cría,
el que entero en la vida se derrama,
porque a vivirla, generoso, viene,
trabaja, reza y ama:
¡Dios no le pide más: da lo que tiene!

Presagio

I

¿Ves ese tronco, Agustina,
que en el hogar se calcina
y da a mis miembros calor?
Pues es el de aquella encina
del valle de Fuenmayor.

No mataron sus vigores
ni el cuchillo de la helada
ni el dogal de los calores,
sino la mano pesada
de los años destructores.

Allá, cuando Primavera
verdes los campos ponía,
y mi alegre pastoría,
derramada en la ladera,
desde el valle se veía,

viví como un rey en él
de esa encinita a la sombra.
¿Dónde hay tronco como aquel?
Hierba y flores por alfombra,

y amplias ramas por dosel.

Allí aprendí a meditar
y sentí las embriagueces
del alto y puro pensar,
y por gozarlas cien veces
por eso aprendí a cantar.

Y sonaron mis canciones
a ruido de hojas de encina,
arpa ruda cuyos sones
dieron al alma emociones
y al estro voz peregrina.

En julio, el abrasador,
cuando a la ruda labor
iba con mis segadores
a aquellos alrededores
del valle de Fuenmayor,

esa vieja venerable,
único asilo habitable
de la abrasada llanura,
me daba sombra agradable
con hábitos de frescura.

Porque el que puso en el cielo
un sol que calcina el llano,
pone una sombra en el suelo,
como en el dolor humano
pone de la fe el consuelo.

Y aquella encina frondosa
que en las gayas estaciones
me dio música amorosa,
cuya dulzura sabrosa
cayó sobre mis canciones,

diome después, en estío,
fresco dosel protector,
y ahora, que invierno sombrío
me tiene yerto de frío,
presta a mi cuerpo calor.

II

Así fuiste tú, mujer.
Me diste en las primaveras
de aquel encantado ayer
las poéticas primeras
impresiones del querer.

Y así como la armonía
que de la encina caía
se derramó en mis canciones,
tu amor en el alma mía
vertió mundos de ilusiones.

Después, cuando me agobiaba
la dolorosa fatiga
de un vivir que ya se acaba,
tú fuiste la sombra amiga
donde el alma descansaba.

Y ahora, que ya está conmigo
del alma el invierno helado,
que es su postrer enemigo,
viviendo estoy amparado
de tu cariño al abrigo.

Yo tengo miedo, Agustina,
que el tiempo que se avecina
me busca amenazador...
¡Ay, que ya murió la encina
del valle de Fuenmayor!...

Del viejo, el consejo

Deja la charla, Consuelo,
que una moza casadera
no debe estar en la era
si no está el sol en el cielo.

Tu hogar tendrás apagado,
y al mozo que habla contigo
le está devorando el trigo
la yunta que ha abandonado.

Mira que está oscureciendo,
que en las riberas lejanas
ya están cantando las ranas,
ya están las aves durmiendo.

Que tocan a la oración,
y hay gentes murmuradoras
cuyos ojos a estas horas
cristales de aumento son.

Y es que los oscureceres
son unas horas menguadas
que han hecho ya desgraciadas
a muchas pobres mujeres.

Mira, muchacha, que ha sido
la tarde muy bochornosa
y va a ser fresca y hermosa
la noche que ha producido.

Mira que son muy contadas
las fuerzas de la memoria:
mira que huelen a gloria
las mieses amontonadas,

y está tu galán delante,
y está tu hermanillo ausente,

y está el amor en creciente
y está la luna en menguante;

y a luz tan débil yo creo
que sola a salir no atinas
del laberinto de hacinas
donde metida te veo.

Tal vez si el mozo me oyera
pensara que esto es perfidia,
creyera que tengo envidia,
que tengo celos dijera,

pues con la venda de amor
no viera que soy un viejo
que solo con un consejo
puedo acercarme a tu honor.

Vete, muchacha, y no quieras
llorar prematuros gozos,
que sé lo que son los mozos
y sé lo que son las eras;

y en tales oscureceres
pláticas tales de amores
dicen los murmuradores
que son de tales mujeres...

y tienen razón, Consuelo,
que una moza casadera
no debe estar en la era
si no está el sol en el cielo.

Canción

Aquí se siente a Dios. En el reposo
de este dulce aislamiento
un fecundo sentido religioso
preside el pensamiento.

Derrámase por uno de dulzuras
ambiente equilibrado,
y en él cosecha las ideas puras
de que está penetrado.

Y sereno después, las alas tiende
y escala el firmamento,
seguro como el pájaro que hiende
su apropiado elemento.

Entonces toca el alma lo profundo
del alto amor sin nombre
y quisiera que un templo fuera el mundo
y un sacerdote el hombre.

¡El mundo, el hombre! Tras el doble abismo,
solo esto es luminoso:

¡cuán feliz puede hacerse el hombre mismo,
y al mundo, cuán hermoso!

Desde este solitario apartamiento
del monte sosegado
contemplo el armonioso movimiento
de todo lo creado.

¡El trabajo es la ley! Todo se agita,
todo prosigue el giro
que le marca esa ley por Dios escrita,
dondequiera que miro.

Aquel pardo milano vagabundo
buscando va la presa,
que le cuesta medir ese profundo
vacío que atraviesa.

Riega el labriego la feraz besana
con sudor de su frente,
si rubio trigo le ha de dar mañana
para nutrir su gente.

Quiere la golondrina nido blando
para el amor sentido,
y mis ojos fatiga acarreando
pajuelas para el nido.

A los vientos la abeja se encadena
y la hormiga al sendero,
para llenar aquella su colmena
y estotra su granero.

La mansa yunta trabajosamente
tira del tosco arado,
y el pesado mastín va diligente
detrás de su ganado.

¡Todo el trabajo se ligó fecundo!
¿Y yo he de estar ocioso?
¿Y yo he de ser estéril en un mundo
nacido fructuoso?

¡Arriba, arriba! ¡El corazón al cielo
y a la tierra los brazos!
¡A la suerte del mundo unirme anhelo
con más estrechos lazos!

¡La pluma, los cinceles, la mancera,
la espada victoriosa!...
¡Dadme lo que queráis, que abierta espera
mi mano vigorosa!

Si sé cantar, te elevaré canciones,
¡oh Patria infortunada!,
que mil hay en tu amor inspiraciones
para la lira airada.

Si es la piedra a mis manos obediente,

venga el cincel a ellas,
que el suelo patrio sembrará mi mente
de creaciones bellas.

Si hace falta una mano y una vida
dad a aquella una espada,
y toma tú mi sangre, ¡oh dolorida
Patria desventurada!

Y si mi suerte, pero ruda mano
solo puede servirte
para en los surcos enterrar el grano
que de oro puede henchirte,

para en tus vegas derramar tus ríos,
para abonar tus tierras,
y coronar de montes tus baldíos
y enriquecer tus sierras...,

entonces no me arrojes al semblante
deberes no cumplidos,
porque yo soy el hijo más amante
de tus campos queridos,

y para hacer esta canción honrada
que el alma me pidiera
he dejado un momento abandonada
mi tosca podadera...

Invitación

Señores de la ciudad:
si ella admite en su grandeza
vientos de sinceridad,
ruidos de Naturaleza
y aromas de soledad;

si en vuestros breves vagares
merecen entreteneros
las coplas y los cantares
de oscuros, pero sinceros,
rimadores populares,

cerrad los ojos expertos
al artificio ingenioso
y oíd sus rudos conciertos
con los sentidos abiertos
del percibir vigoroso.

Cabe la misma espesura
donde ha soltado Natura
su coro de ruiseñores,
puso una legión oscura
de más sencillos cantores.

Y no es artista el sentido
que, por sencillos y tantos,

desprécialos, distraído:
¡algo dirán esos cantos
al alma si no al oído!

Algo tendrá todo ardiente
pecho que así se derrama;
que en el concierto viviente
todo lo que canta siente;
todo lo que siente, ama.

Y es el amor cosa tal
que todo amor es hermoso,
vibre en un alma inmortal
o en el pechuelo fogoso
del ave del matorral.

Y es el cantar una cosa
tan hija de este sentir,
que para el alma amorosa
toda canción es hermosa
si quiere amores decir.

Señores de la ciudad:
los del cerebro cansado,
que aun corre tras la verdad;
los del ingenio aguzado
que inventa la novedad...

Si frívolos y ligeros,
cual sus artificios ruines,
no os parecen ya sinceros
esos de vuestros jardines
ruiseñores prisioneros,

¡venid al campo a escuchar
a otros sencillos cantores
que os pueden acaso dar
algo más que los primores
de un ingenioso cantar!

¡Subid, siquiera, a la altura
de esas torres elevadas,
a ver si la brisa pura
lleva del campo tonadas
de las que enseña Natura!

¡Y aunque el ingenio las mida
y arguya que no son bellas,
probad su savia escondida,
sentid con ellas la vida
y haced el arte con ellas!

Señores de la ciudad:
si henchir queréis de verdad
el mundo de la belleza,
dejadle a Naturaleza
su centro de majestad.

Surco arriba y surco abajo

Araba el tío Roque
con su yunta de dóciles vacas:
con la Triguerona,
con la Temeraria.
Y conforme la reja iba hendiendo
la tierra esponjada,
que al calor y a la luz descubría
las frescas entrañas,
el secreto pensar del tío Roque,
que el silencio en *redor* barruntaba
por imán de silencio arrancado
del fondo del alma,
a esparcirse sin miedo salía
de la cárcel estrecha en que estaba,
y en las alas de un aire de otoño
se cernía con estas palabras:
¡Vuelve, Triguerona!
¡Vuelve, Temeraria!

Si la *mesma* canción de otros años
hogaño nos pasa,
di que nos avía
la miaja senara.
Ca vez más señora
te se pone la tierra y más mala.
No te sirve que le eches simiente
como chochos de gorda y de blanca,
ni que en piedra *lípiz*
gastes las pestañas,
ni que rompas, y bines y tercies,
y les des *aricá* bien temprana.
Cuasi con comuelgo
seis fanegas o siete derramas
y te dan veintinueve raídas,
que ni *cuasi* el trabajo le sacas.

Y esto es echar uno
las cuentas galanas,
porque si una pedrea te viene,
que no son muy ralas,
ni siquiera te deja un *pajuco*
pa sacar del invierno las vacas,
¡*cuanti* más un chocho
pa meter en casa!
Y *entá* no es lo malo
que no cojas nada,
porque en un apurón, *hate* cuenta
que un invierno... en la cárcel se pasa;
pero, amigo, te afronta con pagos
porque, claro, que no tienes cara
pa cuadrarte y decir que lo debes...
pero no lo pagas...
y lo cual es mejor no decirlo,
pues no habiendo vergüenza, no hay nada
¡Vuelve, Triguerona!
¡Vuelve, Temeraria!

Porque no es el decir de que digas
que no aguantas ancas,
y que te rebelas,
u que te *aperrangas*,
porque en viéndote ya *mancornao*
te quiten la carga
Es que ya no puedes el *dir* más *alante*
porque *cuasi* el aliento te falta,
porque viene de atrás la flojera,
porque no puedes ya con las rastras...
¡Vuelve, Triguerona!
¡Vuelve, Temeraria!

Si pintaran dos años arreo,
pues *entá* se tapaban las faltas
y el perro que hogaño
nos dio la senara.
Yo *cuasi* que tengo
como confianza,
porque *entá* no creí que venían
las primeras aguas
y la tierra con ellas se ha puesto
amorosa que gusta el ararla,
de modo y manera
que la cosa no empieza tan mala.

Y no miento ahora
los runrunes continuos que andan
de que el rey *mesmamente* en persona
viene a Salamanca,
que no es mala seña
si tampoco falla...
¡Vuelve, Triguerona!
¡Vuelve, Temeraria!

Yo no sé, pero yo me *magino*
de que el rey no vendrá a ver la Plaza,
que en el *mesmo* Madrid habrá muchas,
no agraviando a la nuestra, tan guapas.

Me *magino* de que él no se fía
y que viene a *oservar* lo que pasa,
porque hacienda en poder de criaos
se la lleva en un verbo a la trampa.
Me *magino* que viene a enterarse
de si tiras *p'alante u* atrasas,
de si siembras, u comes, o ayunas,
u pierdes u ganas.
De modo y manera
que en queriendo fijarse una *miaja*,
se ha de *dir* al Palacio *enterao*
de *má* e cuatro lástimas,
que, si a mano viene,
podrá remediártelas,
u quisiera poner los posibles,
que en *pusiéndolos* bien no te fallan...

Yo no sé; pero yo me *magino*

de que el rey no vendrá a ver la Plaza.
Y si sólo la Plaza le enseñan
los de Salamanca...
¡Para, Triguerona!
¡Tente, Temeraria!

A su majestad el Rey

Señor: No soy un juglar;
soy un sincero cantor
del castellano solar.
Canto el alma popular;
no tengo nombre, señor.

Por eso, porque un oscuro,
porque un sincero es quien canta
y no un cortesano impuro,
oiréis el de mi garganta
canto llano, pobre y duro.

Más placerá a vuestro oído
el débil trinar sentido
del pájaro del erial
que el resonante graznido
del hueco pavo real.

Señor: si en ese sagrado
solar de español sentir
han ante vos ocultado
con luz de vivir dorado
sombras de negro vivir,

mintió la vieja embustera
que llaman cortesanía...
¡Mejor a su rey sirviera
si, en bien de la Patria mía,
verdad a su rey dijera!

No sé con reyes hablar;
mas, bien podréis perdonar
que yo platique con vos
tal como en son de rezar
platico de esto con Dios.

Estáme la fe enseñando
y estáme el amor diciendo
que todo se torna blando
a nuestro Dios invocando
y a nuestro rey requiriendo.

Que Dios corona a los reyes
para que a mundos mejores
lleven innúmeras greyes,
mejor que atadas con leyes,
sueltas en cursos de amores.

Señor: en tierras hermanas

de estas tierras castellanas,
no viven vida de humanos
nuestros míseros hermanos
de las montañas jurdanas.

Señor: no oigáis las canciones
de las doradas sirenas,
que solo cantan ficciones...
¡Los más grandes corazones
son los que arrostran más penas!

Dolor de cuantos los vieren,
mentís de los que mintieren,
aquí los parias están...
De hambre del alma se mueren,
se mueren de hambre de pan.

Hasta este monte eminente
donde rimo mis cantares
sube famélica gente
que mis modestos manjares
devora violentamente...

Tanta pena he contemplado
que unas veces he llorado
con llanto de compasión,
y otras mi voz han velado
gemidos de indignación.

Porque infama la negrura
de la siniestra figura
de hombres que hundidos están
en un sopor de incultura
con fiebre de hambre de pan.

Limosna de un rey cristiano
es manantial soberano
de grande consolación...
Mas nunca llega la mano
donde llega el corazón.

La Patria es madre amorosa
que hace milagros de amores...
¡Tienda una mano piadosa
que disipe los horrores
de esta visión afrentosa!

Señor: no soy un juglar.
Yo nunca rimo un cantar
si no me lo pide amor.
La Patria me hizo vibrar...
¡Patria sois también, señor!

Brindis

Mi pobre prosa rimada
no podrá deciros nada

que suene a cosa asombrosa:
esto será una charrada;
no puede ser otra cosa.

No abráis el avaro oído
creyendo que raro y bueno
manjar de allende he traído,
que yo jamás me he nutrido
con pan de terruño ajeno.

Pienso que el nuestro es fecundo,
como todo lo español.
Pienso que no hay en el mundo
grano que arraigue profundo
debajo de extraño sol.

Por algo Natura cría
ventiscares en la sierra
y alamedas en la umbría:
por algo hay quien moriría
si no viviera en su tierra.

En ella y a vuestro lado
fuera tremendo pecado
cantar en música extraña
que de frente o que de lado
no venga a decir: ¡España!

Más todavía: ¡Castilla!;
todavía más: ¡Salamanca!,
y aún más: la pobre aldeílla,
la limpia casita blanca,
la cuna, la paz sencilla...

Si el molde parece estrecho
de mi canción natural,
decidlo a Aquel que me ha hecho
pajarillo del barbecho
y no lorito real.

Naturaleza ha querido
que cada ser dé una nota
viva un campo y tenga un nido:
orden sabio y bien sentido
que sólo el cuco alborota,

pues tiene la mala maña
de que los huevos que pone
se incuben en casa extraña.
¡Pecado igual Dios perdone
a muchos hombres de España!

Si a la selva tenebrosa
fuese la alondra armoniosa,
no supiera entre el ramaje
dar la nota misteriosa
del silencio del boscaje.

Y si al barbecho viniera

cotorra exótica y rara
cantando la sementera,
ni el ave la interpretara,
ni el labriego la sintiera.

¿Quién da la nota del río
mejor que el mirlo sombrío
nacido entre sus mimbrales?
¿Quién canta los majadales
como el cárabo bravío?

¿Quién da la visión entera
de carrascosa ladera
como la perdiz bizarra?
¿Quién mejor que la chicharra
canta las mies en la era?

¿Suenan bien en los jarales
músicas de colorines?
Silbos de águilas reales,
¿nos dirán en los jardines
lo mismo que en los canchales?

Y el ronco graznido duro
de deforme buitre impuro,
¿cómo podrá matizar
el divino claroscuro
de la paz del olivar?

Cantemos nuestra tonada,
la genuina, la sincera:
tú, ruiseñor, la alborada;
tú, alondra, la barbechera,
y yo, charro, la charrada.

A sus típicos primores,
tan rudos como bizarros,
hoy daré finos colores,
porque la canto entre charros
disfrazados de señores.

Que quepan en ella quiero
la aldeílla y la ciudad,
ambas con vivir entero,
que es en aquella el granero
y aquí la Universidad.

Aquél da al cuerpo vigores,
ésta da al alma ideales...
Sudor de mil labradores
y saber de cien doctores,
son dos tesoros iguales.

Dice la Escuela: «Yo un día
fui madre y templo sagrado
de toda sabiduría.
Jamás numerar podría
los hijos que he amamantado.

Del seno de que nacieron
saberes hondos bebieron
disueltos en fe de Cristo.
Honor los hijos me hicieron,
grande los siglos me han visto.

Fui fragua del pensamiento,
yunque del entendimiento,
levadura de la vida,
brújula en mar turbulento,
sol de la Patria querida.

Sol cuya rica influencia
bajó sobre la opulencia
de los troncos y fue ley,
que el alcázar de la Ciencia
más alto está que el del rey.

Ahora, lacrimosos coros
me afligen con tristes lloros
diciéndome que soy ruinas,
que soy hueco de tesoros,
jirón de edades divinas,

sombra augusta y venerable,
muerta gloria inolvidable,
vieja majestad caída,
triste membranza adorable,
puesta de sol dolorida...

Y me suenan esos trenos
a quejidos de hijos buenos,
mas, ¡ay!, que también me suenan
a estériles falsos truenos
que el viento de ruidos llenan.

Algo lloran que es verdad.
Vinieron tiempos tiranos
que al grito de libertad
encadenaron las manos
de esta pobre majestad.

Y adiós trono, centro y manto,
y adiós oro y esplendores,
¡mucho grande y mucho santo!
¡Mas no los santos amores
de los hijos que amamanto!

No el pan de su inteligencia
ni la luz de su conciencia,
porque yo siempre seré
el alcázar de la Ciencia
y el castillo de la Fe.

Si reina fuese, mi suerte
rodara por rumbos fijos
que van a dar a la muerte
No soy reina; soy más fuerte:
¡soy madre de muchos hijos!

¡Hijos!, os pido un mañana
como el ayer que gocé,
¿será mi súplica vana?
¡Oh, no!, cuanto más anciana.
más madre os pareceré...»

Dice el granero al gañán:
«Yo soy tu rico tesoro,
soy el sudor de tu afán,
sudor que ha cuajado en oro
y oro que luego soy pan.

El pan de la esposa buena
que esotro cuarto vecino
con celo de hormiga llena
de blandos copos de lino
que en lienzo de nieve ordena.

El pan de tus tres mozones,
enhiesto como negrillos,
alegres como esquilones,
dóciles como chiquillos
y fuertes como leones.

El pan de tus dos mozuelas,
sus cintas de oro y alpaca,
sus dengues y lentejuelas,
sus cruces de Alcaravaca,
sus hilos y sus chinelas.

Y el pan del hijo mayor,
que es pan blanco de ciudad,
como que es para un señor
que pronto será doctor
de nuestra Universidad.

Labrador que vas arando,
mete la reja más honda,
que el filón se va agotando,
y el tiempo viene apurando
y el oro es de quien ahonda.

De este modo tan sincero
y en este sentido amante,
nos hablan lenguaje entero
a mí, labriego, el granero,
y a ti, la Escuela, estudiante.

Son la Patria en la indigencia.
¿Qué pide a nuestra conciencia?
Espigas de un mismo haz:
que tú les des gloria y ciencia.
Que yo les dé trigo y paz.

¡Gracias a todos, señores!
De esta rica convidada
llevo en el alma sabores
que yo no comparo a nada...

¡He comido pan de amores!...

Y no hay deleites humanos
ni más grandes ni más sanos
que estos que son mi ideal:
pan de trigo candeal
comido en paz y entre hermanos.

Entre hermanos, sí, señores,
que aunque vos, señor rector,
de quien son estos honores,
tengáis muy lejos amores
que hermanos son de este amor,

yo tengo a otro amor sujeto
mi corazón de cristiano,
un corazón que, discreto,
os llama sabio en secreto
y en público os llama, hermano.

¡Adiós! ¡Hasta la primera!
Gente que estudia o que ara,
debe ser poco fiestera.
Yo me voy a mi senara,
que estamos en sementera.

De ronda

I

Al pardear se encontraron
y hablaron estas palabras:
-¿Ande vas?
-Voy al casillo.
-¿No sales luego una miaja?
-Daremos un cacho vuelta
cuantis que apaje las vacas.
Me faltan cuatro posturas.
-Pues yo voy a darles agua.
-¿Al río?
-No, al Mullaero.
-Pues bien mala está esa charca.
Y los mozos se apartaron
sin decirse más palabras.

II

Era una noche de enero
muy fría, serena y clara:
noche de muchas estrellas
y pocos ruidos. Helaba.
Cuatro mozos embozados
en sus anguarinas pardas
platican, y no de amores,
en la mitad de la plaza:
-¿Qué andáis haciendo estos días?

-Pues hate cuenta que nada:
arrecogiendo buñicas
en los praos; mi padre, en casa.
Y vusotros, ¿ánde andáis?
-Hiciendo también la engaña:
hoy, a por unos carrascos
pa masar. La otra semana
no nos vagó dir a ellos
y derrotemos más támbaras...
-Y tú, Juan, ¿andas a istierco?
-No, maldito: ya no hay nada.
cuasi de viga derecha
to el día. Pasó mañana
habrá que echarlo al molino
con garrobas pa las vacas,
y el desotro a por adobes
pa gobernar una miaja
las tenás del otro barrio...
-¡Chachos, qué noche tan rasa!...
No se barrunta una mosca.
-No, pues ancá de Luciana
buena zorita traían
cuando yo salí de casa
-Hay baile.
-¿De pandereta?
-¡Quia, de badil!
¿Quién cantaba?
-Pues por un lao parecía
Quica, y por otro Colasa.
-¡Son tan autás!...
-¿Y de mozos?
-Cuatro chavalillos..., nada.
-¡Chico, pai han jijao!
-Esos serán los Pardalas
que salen de ancá de Petra...
¡Callarsos a ver si cantan!...
-Ellos son, hombre, no escuches,
¡si han jijeao!...
¡Coine, calla!
¡Tú jijea y que hablen ellos!
-¡Ay jijí!...
-¿Quién vive?
-¡España!
-Buenas noches.
-Buenas noches.
-Y frescas. ¿De qué se trata?
-Pues decían que esta noche
iba a hacer baile Luciana
porque iba a venir a ella
un mozo de Matamala,
que dice que gasta ponche
y que toca la dulzaina.
-Pues lo del mozo es mentira,
porque han ido ancá Luciana
tres veces los mayordomos
a cobrar el vino y... ¡nada!
Lo que hay es baile.
-Pues vamos.
-¡Si es de badil!

-¿Y qué? ¡Hala!
-¡Muchachos, la toná nueva!
-¡Los que la cojáis, echaila!...

III

Y abriendo mucho las bocas,
llegaron ancá Luciana.
Cerrada estaba la puerta,
la casa en silencio estaba,
porque su gente tenía
que masar muy de mañana
y no madruga la gente
si las veladas son largas.
Calle abajo, calle abajo
la ronda siguió su marcha
y no dejó aquella noche
calleja no paseada,
ventanillo no atisbado,
gato que no apedreara,
perro echado, charco lleno
y estrella no contemplada.
-¡Chachos, debemos de dirnos,
si sos parece, a la cama;
que antes que nos percatemos
la gente vieja reballa.
Si no, mirai las cabrillas
por ánde van ya.
-Pues anda,
que yo que tengo en el cinto
la llave pa entrar en casa...
¡Huy, Dios, como me barrunten,
verás mi madre mañana!
-Pues, chicos, yo no me acuesto;
me voy a apajar las vacas
cuantis me quite esta ropa
pa dir temprano a por támbaras,
-Y a mí me dijo mi madre
que a cepas, chico, ¡pues anda,
que voy a tener un cuerpo
pa rozar!... ¡Huy qué galbana!
-Pues yo, galán, a buñicas...
-Y yo a calentar el agua
pa masar.
-Y yo al mercao.
-Y yo a piedra.
-Y yo a las cabras.
Conque, muchachos, que es hora:
¡cada uno pa su casa!
Y el grupo de rondadores
se abrió como una granada.

IV

Al poco rato la aldea
muerta del todo quedaba;
la alborada aún no venía,

declinó la luna blanca,
relucían las estrellas,
iba en aumento la helada,
el suelo se endurecía,
los tejados blanqueaban...